

TERCER PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, julio de 1897).

La devoción á la Virgen del Carmen, señal de predestinación.

Exultavit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis.

Is. 61, 10.

1. ¡Pavoroso problema, hermanos míos, el de la eterna predestinación! Constituye nada menos que un misterio, y de los más oscuros é insondables. *No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio* por parte de Dios¹. ¡Terrible incertidumbre, que no ha de disiparse hasta un momento después de la muerte, siendo ésa la causa principal del horror que nos inspira el gran paso de la eternidad! Verdad es que algunos temen precisamente donde no hay nada que temer, como dice el Profeta²; y los más, entre el común de las gentes, para nada se preocupan con aquello que debería inspirarles los más serios y fundados temores. Muchos temen la predestinación por parte de Dios, el cual, como bondad infinita, á nadie quiere precipitar en la eterna perdición; y pocos temen la predestinación por parte de sí mismos, como si no fuera de nosotros de quien depende toda nuestra condenación³. Pero, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en materia de predestinación, si bien no hay motivo para desesperar, haylo, y muy grave, para temer, ya sea que se mire por el lado que corresponde á Dios,

¹ Eccles. 9, 1.

² Ps. 13, 5.

³ Os. 13, 9.

ya por la parte que depende del hombre. Porque, en efecto, consistiendo aquélla en un misterioso é inescrutable decreto de la voluntad divina, que no abraza ciertamente á todos, pues no todos son del número de los predestinados, ¿quién no temerá por sí, no sabiendo ni pudiendo saber con certeza si está ó no comprendido en el soberano decreto, si su nombre está ó no escrito en el libro de la vida? ¡Venturosos los apóstoles, á quienes dijo expresamente la Verdad Encarnada: *Vuestros nombres están escritos en el libro de la vida!*¹ ¿Cómo no había de excitarlos al gozo? *Gaudete!* ¿Cómo no habían ellos de descansar tranquilos? *No se turbe ni inquiete con el temor vuestro corazón.*² En cuanto á nosotros, que no hemos recibido tan alegres nuevas, sólo nos queda preguntarnos con espanto: *Quis enim te discernit?*³ ¿Quién te asegura haber sido segregado de la masa de los réprobos? Y luego exclamar con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* ¡Oh abismos de la sabiduría y ciencia de Dios! ¿quién penetró en su pensamiento, ó fué consejero de sus disposiciones?⁴ Por otra parte, dependiendo la predestinación, como es cierto que depende, de nuestra fidelidad⁵, ¿quién no ve aquí nuevo y más poderoso motivo de temer, siendo así que de ninguna cosa puede el hombre fiarse menos que de su propia flaqueza? He ahí, pues, un océano insondable, todo cubierto de escollos y tinieblas.

2. Entre el horror de estas tinieblas debe el hombre caminar hacia la eternidad. No le queda más consuelo al navegante que ciertas ráfagas de luz, bastantes para

¹ Luc. 10, 20.

² Io. 14, 27.

³ 1 Cor. 4, 7.

⁴ Rom. 11, 33-34.

⁵ 2 Petr. 1, 10.

alumbrar su ruta siempre incierta, aunque no suficientes para disipar del todo la densa obscuridad. Estas ráfagas son las llamadas señales de predestinación. Muchas asignan los teólogos, más ó menos ciertas y seguras; pero todas ellas deben deducirse de la naturaleza misma de la predestinación. Por tanto, debemos buscarlas, ya en los actos de Dios, ya en las disposiciones del hombre. Las primeras no son otra cosa que ciertas muestras inequívocas de predilección por parte de Dios á algunas almas; las segundas serán las pruebas de fidelidad dadas por esas almas á Dios. Ahora bien, amadísimos oyentes: todas esas muestras concurren, como vais á verlo, en la verdadera devoción á María Santísima bajo la dulce y divina advocación de El Carmen. En efecto ¿qué nos revela la historia? ¿qué nos enseña la Iglesia y viene acreditando la experiencia? Pues 1º que el Hermano de Nuestra Señora (así llamado por especial privilegio) recibe señaladísimas pruebas de predilección divina, como son: alianza de fraternidad con la misma Madre de Dios, derecho á la protección singular de María, y auxilio eficaz en la lucha final de la vida: *Accipe*, dijo María, entregando á San Simón su santo Escapulario, *confraternitatis meæ signum, præsens in tentationibus auxilium, in ultimo vitæ luctamine victoriam*¹. 2º Que el Hermano del Carmen, fiel á esa alianza tan gloriosa, aleja eficazmente, con la práctica de la oración y mortificación de los sentidos, las ocasiones de infringir la ley divina, y se prepara de esta suerte á merecer *de congruo*, que es cuanto se puede, la gracia suprema de la perseverancia final. ¿No son éstas señales positivas de predestinación, vinculadas á

¹ B. Virgo ad S. Sim. Stock, ex Histor. monument.

la devoción del Carmen? Pues detengámonos hoy á considerarlas para nuestro consuelo, después de implorar, etc. *Ave María*.

I.

3. ¡Qué gran cosa es, hermanos míos, esta misteriosa alianza de los hermanos del Carmen con la Virgen todopoderosa! ¡Oh! y ¡cómo se glorían los hombres de contraer alianzas con los poderosos de la tierra! La alianza de María es, como dijo el Sabio, *vínculo de salvación*¹. ¿No es ella una renovación de la antigua alianza de Dios con el hombre? Porque, notadlo bien: al revés de lo que pasa en las humanas alianzas, en que el débil busca la del fuerte para poder hacer frente al enemigo, aquí la soberana fortaleza busca la suma debilidad; Dios busca la alianza del hombre, María ofrece el signo de su confraternidad á todo el que quiere recibirlo. ¡Extraña dignación! Previene Dios al hombre y se le anticipa, debiendo ser al contrario: búscale para estrechar con él un pacto sempiterno: *Feriam vobiscum pactum sempiternum*². ¿Cuál otro puede ser sino un pacto de misericordia? Tal es la índole de la alianza celebrada por Dios con el antiguo pueblo de Israel, en virtud de la cual dispensó favores de padre³, llamóle su hijo, su primogénito y heredero, fijó en medio de él su habitación, hizo suya la causa de ese pueblo declarando que era su Dios por especial manera: *Ego Deus Israel*⁴, como si se olvidara de los otros pueblos de la tierra. ¿Puede imaginarse alianza más feliz y más gloriosa? ¿no era ella

¹ Eccli. 6, 31.

² Is. 55, 3.

³ Hebr. 1, 5.

⁴ Is. 41, 17.

sola evidente señal de cierta clase de **predestinación** para los favorecidos hijos de Jacob? **Predestinación** á una dicha temporal, ciertamente, pero que, como todo lo concerniente á la ley antigua, debe **mirarse** como imagen y figura de la verdadera **predestinación** á la bienaventuranza, concedida al pueblo cristiano. No olvidemos aquella arca sagrada, llamada **expresamente arca fœderis**¹, del testamento y pacto, por cuanto fijaba de un modo sensible y duradero las divinas estipulaciones contenidas en las tablas de la ley, y guardaba el maná del desierto y la vara prodigiosa, monumentos de la fidelidad de Dios á sus promesas. El arca era la señal sagrada que debía preceder á la marcha de aquel pueblo, ante la cual detendrían su curso las aguas del Jordán².

4. Ved ahora la nueva y más estrecha alianza celebrada por el Dios del Calvario en los últimos tiempos, por mano de María, verdadera arca del nuevo y eterno testamento, *fœderis arca*³. En medio de la humanidad redimida con su sangre escoge Dios al pueblo cristiano; y en el seno mismo de este gran pueblo escogido, segrega Dios á una porción privilegiada de almas, á quien habla de esta suerte: *No quieras temer, pequeña grey, porción escogida de mi rebaño, no temas por tu porvenir eterno, porque á tu Padre celestial le plugo darte el reino*⁴. «Y, en prenda de mi predilección, ahí tienes esa arca segura de salvación, que es mi Madre.» No creáis, amados fieles, que esto sea simplemente una invención piadosa sin fundamento histórico, pues ahí está atestiguada en los monumentos de la Iglesia la

¹ Ios. 3, 11.² Ibid.³ Eccl. in lit. lauret.⁴ Luc. 12, 32.

maravillosa alianza de María con sus hermanos del Carmen. María Santísima, en virtud de los derechos á ella concedidos para secundar los planes de Dios en la humana salvación, conocedora además de los divinos decretos y árbitra de los tesoros de la omnipotencia, como lo siente la Iglesia¹, contrae con esa grey, pequeña y humilde en la estimación del mundo, una especialísima alianza, indisoluble, según lo acreditan irrefragables testimonios encadenados en la serie de los siglos. En fuerza de esa alianza, y no de otra manera, la pequeña confraternidad que radicaba en sus comienzos allá en las risueñas cumbres del Carmelo, extendióse luego por el oriente, atravesó los mares, ocupó la culta Europa en plena edad media, y hoy, después de mil vicisitudes, llena todavía el mundo católico, demostrando con el solo hecho de su perpetua y milagrosa difusión la autenticidad de su alianza con la Madre del Altísimo. *Dedi te in fœdus populi*².

5. Demos hoy una rápida ojeada sobre la gloriosa historia de esa venerable orden Carmelitana, tan distinguida por María. Después de las famosas controversias del siglo XVII, dirimidas autoritativamente por el Papa Inocencio XII, no podría negarse sin nota de temeridad la antigüedad remotísima de esta ilustre orden religiosa, la más antigua, sin disputa, aunque no la hiciéramos remontar más allá de los tiempos apostólicos, de cuantas florecieron en las Iglesias de oriente y occidente. Gloriase la orden del Carmen de contar entre sus alumnos, no sólo á los antiguos profetas, sucesores de Elías y Eliseo, sino á muchos y célebres patriarcas cristianos de Jeru-

¹ Eccl. in lection. fest. B. M. V. de Monte Carmel.² Is. 42, 6.

salén, uno de los cuales, San Alberto, le fijó los puntos capitales de su austerísima regla. Aquellos solitarios unían á una abstinencia y abstracción del mundo apenas practicables, el ejercicio continuo de la oración y el celo por la dilatación de la fe cristiana y del culto de María, cuyos hermanos eran llamados comúnmente. ¡Cuántos mártires invictos no dieron al cielo durante las persecuciones de los mahometanos en Tierra Santa! Su sangre regó los campos de Palestina y de la Siria, después de las malogradas expediciones de los soldados de la cruz. La celebridad de sus virtudes les abrió todas las puertas de occidente, mereciéndoles la protección de pontífices y reyes, no sin que fuera menester alguna vez¹ la intervención directa de María en su favor. Así se establecieron desde los siglos XII y XIII en Italia y Francia, Inglaterra y Alemania, produciendo en aquella famosa edad de santos fundadores, varones de tan alta santidad como el B. Simón Stock, digno de recibir personalmente los favores más insignes dispensados por la Santísima Virgen á su orden favorita. Entrado el siglo XVI, siglo de renacimiento literario y religioso, vió la orden de María renacer en España su primitivo espíritu, personificado en Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, los más sublimes genios de la contemplación extática, y poco después en Italia, admiró en Magdalena de Pazzis, la digna émula de la Virgen de Ávila por su extático martirio. ¡Qué gigantes de santidad aquellos! Ni ha sido únicamente con el ejercicio de las más heroicas virtudes como ha servido á Dios, á la Iglesia y al mundo la benemérita orden de Nuestra Señora: también ha cultivado con ardor la

¹ Como en los tiempos de Honorio III.

ciencia y la literatura cristiana; y tanto en las naciones bárbaras como en los países civilizados ha ejercido con gloria el ministerio de la palabra evangélica.

6. Tal es la orden primera del Carmelo, ese núcleo luminoso del astro, cuyos fulgores abrazan la mitad del cielo. ¿Qué diremos ahora de la inmensa pléyade agregada á la misma orden, y participe de sus privilegios por medio del santo escapulario? Para contar el número de miembros que la componen debiéramos decir con el Profeta: *Millares de millares le servían, y millones formaban su corte*¹. ¿Son acaso menos, en número y claridad, que las estrellas del firmamento? He nombrado el escapulario. ¡He ahí el talismán divino que ha obrado el prodigio que admiramos del engrandecimiento de esa orden, pequeña, como el grano de mostaza, en su origen; grande y corpulenta, como árbol gigantesco, en su desarrollo. ¡El escapulario! Y ¿qué otra cosa es ese pedacito de paño gris, tan codiciado de los fieles, sino el *signum fæderis*, la señal auténtica de la alianza pactada entre María y su pueblo predilecto? Escuchémosla dirigiéndose á su siervo, el célebre General de la orden, Simón Stock: *Accipe ordinis tui scapulare, confraternitatis meæ signum*. No nos es lícito dudar de su autenticidad. Sonría cuanto quiera la impiedad escéptica, y aun la crítica semiracionalista ponga en tela de juicio la realidad de ese hecho sobrenatural atestiguado por la historia y la tradición. Ante la razón católica é ilustrada, ese hecho sostiene su verosimilitud, y en el tribunal de la sana crítica reivindica su autenticidad.

Que la Virgen Santísima se haya aparecido á un ilustre siervo suyo y servidor de Dios, para entregarle

¹ Dan. 7, 10.

ella misma esa prenda de su especial cariño para con sus hijos, los hermanos del Carmen, con fines trascendentales de salvación para el género humano, es cosa tan aceptable para el católico ilustrado como cualquiera otra de esas celebérrimas apariciones de María, que registra con veneración la Iglesia y acepta en su liturgia, no ciertamente en calidad de artículos de fe divina, pero sí como hechos dignos de crédito por el testimonio humano en que descansan. Tales son, v. gr. las famosas revelaciones hechas á Santo Domingo de Guzmán y á San Pedro Nolasco, de donde traen su origen las devociones del Rosario y la Merced. Negar esos hechos, que nada tienen de imposibles y sí mucho de verosímiles, sólo por ser milagrosos, y negarlos por vanos respetos á una crítica cuando menos temeraria, sería suprimir de un golpe las más acreditadas devociones populares, sería tachar de ligera á la santa Iglesia que implícitamente los admite como fundamento histórico de algunas de sus más grandes solemnidades, sería, en fin, dar un soberbio mentís á la creencia de muchos siglos y de innumerables generaciones. Y esto, francamente, es demasiado. Por lo que hace á nuestro caso particular (la revelación del escapulario del Carmen), bástenos oponer á todas las objeciones de la vana crítica la sola autoridad decisiva en esta clase de controversias, la del inmortal Benedicto XIV, no ya en su carácter de Pontífice infalible, sino únicamente de sabio de primer orden, tal como lo ha reconocido todo el universo¹. Y continuemos desarrollando nuestro tema.

7. Seguros de la autenticidad del hecho, impórtanos ahora penetrarnos bien de su significación. El es-

¹ De fest. B. V. M.

capulario es la preciosa vestidura de honor y de cariño con que María cubre y adorna á sus queridos hijos, no de otra suerte que lo hizo Ana con su adorado Samuel, Jacob con su preferido José, Elías con su predilecto discípulo, Eliseo. Es más que una prenda de afecto singular, es la librea de los cortesanos de la Reina del cielo, es el distintivo de la confraternidad de María con los hombres: *Signum confraternitatis meae*, dijo ella misma. Notad bien esta significación, porque es la que nos da á conocer plenamente el carácter de la alianza que vamos estudiando. Por el escapulario María fraterniza con el hombre, institúyelo su hermano. Pero ¿no lo es ya por naturaleza? ¿no es hijo de ella también por gracia? ¿qué añade, pues, esta nueva y especial fraternidad? Esto es lo que deseo comprendáis para vuestro consuelo y edificación. María es hermana y madre de todos por derecho, ciertamente; pero de hecho no lo es sino de algunos, como quiera que no puede llamarse madre efectiva de los réprobos. *No es Dios de los muertos sino de los que viven, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob*¹. No es Jesús Salvador de hecho de los condenados, sino de los que se salvan; por lo cual ruégale el alma devota: «Jesús, sé para mí Jesús.»² De donde infiero que al traer á la tierra como signo de confraternidad el escapulario, ha querido María ser de hecho hermana de los agraciados con ese distintivo del orden Carmelita, es decir, ha querido darles ese sello ó señal de predestinación. ¿Os parece la deducción exagerada? Pero, si tal fuera, decidme: ¿cómo podría llamarse el escapulario signo de confraternidad con María? Debemos dar por sentado que la Virgen

¹ Matth. 22, 32.

² Esto mihi Iesus.

sapientísima conoce, en los divinos decretos, quiénes son predestinados y quiénes no están escritos en el libro de la vida. Esto supuesto, ¿podría ella honrar con el nombre y carácter de hermanos á los que sabe que han de odiarla y maldecirla eternamente? Y ¿qué honor redundaría en la Reina de los santos de tener por hermanos á los hijos de Belial? Ni alcanzo á ver qué ventajas positivas reportarían los hombres de llevar el signo de la confraternidad. Dijérase tal vez que el signo de la unión fraternal con la Santísima Virgen era una fuente de gracias para el dichoso hermano del Carmen; pero insisto en creer que todas las prerrogativas de la hermandad serían vanas, si al cabo aquellas gracias habían de ser ineficaces para la salvación, por más que no lo fueran sino por obra del culpado. ¿Por ventura no obtiene también María gracias de hecho ineficaces, aunque abundantes, para todos los pecadores, sin exceptuar á los precitos? Si los auxilios que ella recaba de Dios para sus hermanos del escapulario no fueran de otro género, ¿no vendría á menos el precio de su alianza?

8. Conjeturas son estas nada más, carísimos oyentes, pero tales que tienen para mí todo el peso de argumentos poderosos en favor de la pía sentencia que defiende. Á lo dicho añadiré todavía la siguiente reflexión. Yo observo que todas las alianzas de Dios con el hombre, como efectos que son de su misericordia, tienen por fin la salvación, y no quedan defraudadas de su objeto. Mirad el magnífico arco de siete fajas de bellísimos colores, colocado por la mano del Criador sobre las nubes¹: por ese signo de un pacto de clemencia,

¹ Gen. 9, 13.

el mundo no ha vuelto á verse anegado en las voraginosas aguas del diluvio, ni volverá á verse jamás. Tornad los ojos á la alianza de Jehová con el pueblo de Jacob. Su objeto era la salvación de la verdad religiosa en el naufragio universal de creencias y costumbres; y la verdad y la santidad se salvaron efectivamente por medio de ese pueblo, nuestro pedagogo, como lo llama el Apóstol¹, naufragando él mismo después de cumplida su misión, esto es, después de haber puesto en salvo los grandes intereses que se le confiaron. Ahora bien, cristianos: es evidente que la alianza de María con sus hermanos del Carmen (*signum confraternitatis meae*) no puede tener otro objeto que la salvación eterna de aquellos con quienes la contrae, y la contrae con cada uno de los que visten el escapulario; luego es preciso reconocer en esa alianza y su signo una señal inequívoca de predestinación. Bástanme, en fin, para creer que ningún hermano del Carmen se condena, las palabras afirmativas de la misma soberana Virgen: *In quo quis moriens æternum non patietur incendiū*²: No será víctima del fuego eterno ninguno que muera revestido del santo escapulario de Nuestra Señora del Carmen. *Regocijaos*, pues, venturosos carmelitas, concluiré diciéndoos, como Jesucristo decía á sus discípulos, *gozaos, porque vuestros nombres están registrados en el cielo*³.

9. Confirma nuestra creencia el segundo privilegio otorgado auténticamente por la misma Virgen á sus hermanos del Carmen, el cual (como consecuencia del primero) consiste en el auxilio que le presta la Señora

¹ Gal. 3, 24.

² Ex publ. monum. Eccl.

³ Luc 10, 20.